

**APUNTES HISTÓRICOS GRANADINOS DE
FR. FRANCISCO DE CARDERA:
SUPERVIVENCIA DE LO MARAVILLOSO Y PROVIDENCIAL**

Historical notes about Granada by the friar Francisco de Cardera:
the survival of wonderful and providential elements

Aceptado: 01-04-10

MIGUEL LUIS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ*

*Dios –hemos dicho en el principio de este discurso-,
cuando suena la hora de la oportunidad, pone
la fuerza a la orden del derecho, y dispone
los hechos para el triunfo de las ideas
(Modesto Lafuente, 1850)*

RESUMEN

A comienzos del reinado de Carlos III, fray Francisco Tomás María de Cardera acomete el estudio de la historia de la Tercera Orden Regular de San Francisco en Granada. Cardera es conocido como buen predicador y autor de diversas obras devocionales, relacionadas por lo general con las tradiciones granadinas. El fraile sólo escribió el comienzo de la crónica, que se conserva manuscrita. Pero este texto muestra las claves de su pensamiento: el conservadurismo, el providencialismo y la defensa de todos los mitos y leyendas que eran aceptadas en la Historia de Granada (y de España) sin opiniones críticas. El comienzo de esta crónica se transcribe en este artículo, junto a una introducción sobre su contenido y significado.

Palabras claves: Historia de Granada, Siglo XVIII, Conservadurismo, Mitos.

ABSTRACT

Can a statesman be a good politician and a good Christian at the same time? In the 16th and 17th centuries, many authors thought that it was perfectly possible, but their opinions simply used to deny that both models were incompatible. So, the real conflict between them kept without solution, just like the *Pax Hispanica* proved during the kingdom of Philip III. This paper studies the intellectual origins of the Defensive War in Chile in order to defend that this system joined “true and false” Reason of State, thanks for the consideration that the Araucanian revolt was a legitimate reaction against the tyranny. It made the Chilean peace quite different of their European sisters in England and Holland.

Keywords: Philip III, *Pax Hispanica*, lermismo, Reason of State, Chile, Defensive War, Luis de Valdivia, marquis of Montesclaros.

Loable resulta la empresa de escribir la crónica de una orden religiosa y más si el autor no es un cronista oficial de la misma. Ese fue, mediado ya el siglo XVIII, el empeño de un fraile del convento de San Antón de Granada,

* Universidad de Granada (mllopez@ugr.es).

fray Francisco Tomás María de Cardera, “indigno hijo” de la Provincia de San Miguel de la Tercera Orden Regular de San Francisco de Andalucía y Granada. Divinidad y oportunidad inspiran sus obras, escritas casi un siglo antes del “Discurso Preliminar” de Modesto Lafuente a su *Historia General de España*, que se cita arriba.

Recientemente hemos abordado, en compañía de Alfredo Bueno Jiménez, el estudio de este singular personaje, cuyas dispersas referencias desdibujaban su biografía (breve aún por fuerza) y el alcance de su obra. Lograda ya esa primera aproximación, interesa ahora resaltar los rasgos de conservadurismo y granadinismo que rezuman sus obras, o más exactamente opúsculos, publicados —los que lo están— entre 1758 y 1765 (en plena actividad literaria y oratoria, por tanto, antes de los cuarenta años de edad), entre ellos *Génesis Eucarístico*, idea literaria para el emblemático exorno del Corpus granadino de 1765. Escritor, predicador, calificador honorario del Santo Oficio y examinador sinodal en las diócesis de Jaén y de Guadix, además de lector de Vísperas y de Prima de Sagrada Teología en su convento de San Antón de Granada, se le llama “Custodio y Padre” de la provincia en 1765. Bien pudo ser, además, el efímero continuador de la obra gacetillera del trinitario fray Antonio de Lachica Benavides.

Aunque fuese su propósito glosar las glorias de su orden, a Cardera le faltaron fuerzas o facultades para ello, sin contar el atrevimiento de este fraile solitario y apartado, frente a los planteamientos historiográficos más amplios, ilustrados y decididos de sus hermanos de orden y también de sangre, los cordobeses Rafael y Pedro Rodríguez Mohedano, autores de la célebre *Historia literaria de España* (1766-1791), quienes lograron suspenderle incluso de sus cargos en la orden. En 1769 Rafael era ministro provincial de los franciscanos terceros, orden de la que pretendía escribir su historia, a la vez que impulsaba a otros frailes por la senda de los estudios críticos, como al granadino fray José Banqueri.

De esta forma el intento de Cardera estaba abocado a la domesticidad y al silencio; por supuesto, a la inconclusión. Por eso, no podemos tildarlos más que de unos apuntes históricos, que ahora ven la luz impresa¹. Pero no queremos renunciar a desgranar los valores y devociones que, fuertemente arraigados en su pecho y derivados del clima espiritual de la Granada tardobarroca, encuentran en su garganta y en su pluma —campos ambos privilegiados para los predicadores de fortuna— un medio de amplificación. A la edad de sesenta y un años, falleció el fraile tercero en Granada en 1787, tras dos décadas sin apenas tener referencias de nuevas obras suyas.

1. Esta parte inicial de su opúsculo, que se conserva manuscrita en la Biblioteca General de la Universidad de Granada, se completa con los datos sobre la Tercera Orden Regular de San Francisco en Granada, transcritos en el estudio de Miguel Luis LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ y Alfredo BUENO JIMÉNEZ, “Tradición granadina y defensa de la Tercera Orden Regular de San Francisco en los escritos de Fr. Francisco Tomás de Cardera”, XV Curso sobre el Franciscanismo Andaluz “Documentación, Bibliografía e Iconografía”, Lucena (Córdoba), del 4 al 6 de agosto de 2009 (en prensa).

1. DEFENSOR DE LA TRADICIÓN “HISTÓRICA” GRANADINA

Apenas se extendió su pasión de cronista a unas generalidades sobre las peculiaridades originarias de la Orden Tercera Regular, controvertidas en todas las épocas, y a unos apuntes —los que ahora nos interesan— sobre el convento de la orden en Granada², que devienen en una resumida y pretenciosa Historia de España, al hilo de la de Granada, donde los tópicos de los falsos cronicones —con Román de la Higuera a la cabeza— se aderezan con originales anécdotas locales, unos y otras transidos del más puro providencialismo que alumbraba, más exactamente ofuscaba, su mente, a la hora de abordar los acontecimientos históricos. Las historias locales no eran inocentes; tras ellas pululan diversos intereses y las tensiones de la sociedad de la que emanan³. Y, en ese sentido, se tocan diversos resortes, aunque el de “maravillar” por voluntad divina es el más importante y, a la vez, el más difícil de contradecir⁴.

2. En sendos opúsculos: *Discurso histórico de la Sagrada Religión de Penitencia, Tercera de N.P.S. Francisco de Asís, que se profesa en esta Santa Provincia del Arcángel S. Miguel de ambas Andalucías...*, fechado hacia 1771 y publicado en A. Francisco AMENGUAL, TOR, “Introducción y prospecto del manuscrito del P. Francisco Cardera T.O.R.”, *Analecta Tertii Ordinis Regularis Sancti Francisci*, XIV (1981), pp. 911-956; *Origen y progresos del Convento del Señor San Antonio Abad de la Ciudad de Granada, que es de los Religiosos de la Tercera Orden de Penitencia de N.S.P.S. Francisco de la Provincia de S.S. Miguel de Andalucía y Granada*, fechado también hacia 1771, aunque pudo comenzar a escribirlo al menos quince años antes, como se desprende de la cita a “estos presentes años de cincuenta y quatro y cincuenta y cinco”. Esta es la obra que nos ocupa.

3. Es precisamente en las historias locales donde esos mitos y leyendas de los falsos cronicones han mantenido su eco con el paso del tiempo (*vid. por extenso* en José GODOY ALCÁNTARA, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, 1868 (ed. facsímil, Granada, 1999), quizás hasta nuestros días. Lo cercano y vivencial distorsiona el análisis racional. En relación con las falsificaciones de finales del siglo XVI, subraya Caro Baroja con elocuencia que “en Granada o Toledo se ven los hechos con unos ojos. En Roma con otros”, Julio CARO BAROJA, *Las falsificaciones de la Historia (en relación con las de España)*, Barcelona, 1992, p. 194. Granada era ciertamente un terreno abonado para todo tipo de excesos disfrazados de erudición, *vid.* Manuel BARRIOS AGUILERA, *Los falsos cronicones contra la historia*, Granada, 2004, pp. 50-51. Por lo demás, el género de esta obra de Cardera es el habitual de las *historias urbanas* de época moderna, sustentadas en “la vindicación militante de sus grandezas y de su superioridad sobre otras ciudades, debida a menudo tanto a sus propios merecimientos como a la especial protección que le dispensa la divinidad”, Juan CALATRAVA, “Encomium Urbis: La Antigüedad y Excelencias de Granada (1608) de Francisco Bermúdez de Pedraza”, en Antonio Luis CORTÉS PEÑA, Miguel Luis LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ y Antonio LARA RAMOS (eds.), *Iglesia y Sociedad en el Reino de Granada (ss. XVI-XVIII)*, Granada, 2003, p. 468.

4. Lo que I. Henares ha llamado significativamente “historias a lo divino”, cuyo discurso se caracteriza por la circularidad: “dominado como está por la trascendencia religiosa, la densidad del tiempo histórico se mide por la vigencia de la ortodoxia católica, constituyendo cualquier época anterior o interpuesta en el cumplimiento temporal de la misma, en la vida de la institución eclesial o su doctrina, bien un preámbulo, que quedaría al margen de las verdaderas razones de nuestro providencialista historiador —se refiere en concreto a Bermúdez de Pedraza—, bien una especie de

Cardera sucumbe de buen grado a las tradiciones locales, incluso a aquellas que la misma Iglesia ha puesto en cuarentena. Le anima el mismo espíritu que alentara la estrategia contrarreformista del arzobispo D. Pedro de Castro⁵: restituir a Granada un pasado cristiano que le correspondía por derecho propio, para el que, después de tantos siglos de dominación musulmana, se necesitaban pruebas “divinales” palmarias⁶. Aferrado al mito sacromontano —parece relacionarse Cardera en alguna medida con Luis Francisco de Viana y con Cristóbal de Medina Conde—, el fraile tercero desoye en sus obras la condena papal de los célebres libros plúmbeos (por Inocencio XI en 1682), aireando las más acendradas tradiciones granadinas, asentadas sobre bases falsarias, como hacía en general la sociedad granadina, resistente siempre a los ataques exógenos en esta materia, y en particular el colegio del Sacromonte, que alentaba la llama de su tradición martirial frente a viento y marea⁷.

catástrofe antropológica superada por la mano de Dios”, Ignacio HENARES CUÉLLAR, “Prólogo”, a Francisco BERMÚDEZ DE PEDRAZA, *Historia eclesiástica de Granada*, Granada, 1989 (ed. facsímil de la publicada de 1638), p. XII.

5. *Vid.* los trabajos de Manuel BARRIOS AGUILERA, “Ensayo introductorio”, a Diego Nicolás HEREDIA BARNUEVO, *Místico ramillete. Vida de D. Pedro de Castro, fundador del Sacromonte*, Granada, 1998; “El reino de Granada en la época de Felipe II a una nueva luz: De la cuestión morisca al paradigma contrarreformista”, en José MARTÍNEZ MILLÁN (ed.), *Felipe II (1527-1598): Europa y la Monarquía Católica*, Madrid, 1998, vol. 3, pp. 63-88; “El Sacromonte de Granada y la religiosidad contrarreformista”, en Valeriano SÁNCHEZ RAMOS y José RUIZ FERNÁNDEZ (coords.), *La religiosidad popular y Almería*, Almería, 2004, pp. 15-37.

6. Por citar sólo a Garibay, debió ser un acicate, para los defensores de la antigua preeminencia cristiana de Granada, la relación de santuarios e imágenes de devoción, sólidamente asentados, que enumera en sus páginas: el sepulcro de Santiago en Compostela, la Virgen de Montserrat en Cataluña, la de Guadalupe en su santuario, la Cruz de Caravaca y la de Oviedo, el Cristo de Burgos, Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, la de Aranzazu en Oñate, la Virgen de Valvanera cerca de Nájera, Nuestra Señora de la Peña de Francia y la de Nieva próxima a Segovia, Nuestra Señora de los Llanos en Guadalajara, el Crucifijo de la iglesia de Armuña, Nuestra Señora de Sopetral cerca de Hita o la Virgen de Consolación en Utrera, la Santa Faz en Jaén, los Corporales de Daroca, las reliquias de Santo Domingo en la Calzada..., Esteban de GARIBAY, *Los quarenta libros del Compendio Historial de las crónicas y universal Historia de todos los Reynos de España*, Barcelona, 1628, tomo I (ed. facsímil en Bilbao, 1988), pp. 65-66. Más adelante, alude Garibay, nada ingenuamente, a la necesaria dispersión de ese tesoro de reliquias por las tierras de España y de otros países, con el fin de preservarlas. Imágenes y reliquias, en fin, con un halo sobrenatural que las convierte, en la mayoría de los casos, en prendas de una antigüedad que el pasado árabe no logró borrar. Reliquias ocultas, imágenes salidas de manos de ángeles, conservadas como ricos tesoros en medio de las tempestades de los tiempos. ¿Por qué no añadir a la lista las reliquias de la Torre Turpiana y del Sacromonte de Granada o la venerada imagen de la Virgen de las Angustias? Tal pudiera ser el pensamiento de Cardera.

7. Ante la extensa producción sobre el mito sacromontano, cabe reseñar las más recientes y sólidas aportaciones de Manuel BARRIOS AGUILERA y Mercedes GARCÍA-ARENAL (eds.), *Los plomos del Sacromonte. Invención y tesoro*, Valencia, 2006, y *¿La historia inventada? Los libros plúmbeos y el legado sacromontano*, Granada, 2008.

Y como continuación de aquélla, Cardera se declara testigo ocular de los hallazgos de la Alcazaba, epílogo lógico y pseudo-erudito de esa tradición sacromontana, que devolvió a la ciudad unas esperanzas tan entusiastas como efímeras. Aún así, el fraile tercero, rehúsa tratar en profundidad esta materia en sus escritos. Tal vez por cautela, tal vez porque sus intereses son otros.

El presente manuscrito de fray Francisco Tomás María de Cardera evidencia bien su propósito. Granada se presenta a lo largo del tiempo como un lugar predestinado por la providencia divina para el triunfo de la fe cristiana, o más exactamente católica. Quizás se sintiera más “granadino” que tercero. Lo que nos dejó escrito apenas pasa de los tiempos medievales de dominación musulmana, pero perfila a la perfección esa predilección divina por Granada. Y, en una pirueta realmente sorprendente, liga el origen del convento de los terceros de Granada nada menos que a la condescendencia con el cristianismo de un emir árabe.

Aquí el texto de Cardera llega a su culmen, descubriendo un sustrato cultural, no muy distinto, aunque sí distante, al que alumbró el mito sacromontano: establecer puentes entre Cristianismo e Islam, ya sea a través de rebuscadas formulaciones doctrinales (Miguel de Luna y Alonso del Castillo), ya de anécdotas vivenciales de agudo impacto emocional, como es el caso de Cardera.

Para Cardera Granada es la ciudad donde comienza el peregrinar de Santiago por España, la ciudad que conoció también la predicación de los apóstoles San Pedro y San Juan, la ciudad cuyos santos pueblan el cielo en abundancia, la ciudad que alberga un sin fin de reliquias (entre las que individualiza, cómo no de nuevo, las halladas en 1588 en la Torre Turpiana y en 1595 en el Sacromonte, la ciudad en que se manifiestan las glorias unidas y reforzadas de Jesús, María y José⁸.

Y como muestra, el hallazgo de la toca con que María secó sus lágrimas ante el cuerpo muerto de Jesús apareció (en las mencionadas obras de la Torre Turpiana, antiguo alminar en la mezquita mayor de Granada) un sábado 19 de marzo, día y cardinal dedicados respectivamente a la Virgen y a San José. Cualquier dato, gesto o anécdota se reviste, pues, de trascendencia en el relato del fraile tercero franciscano. Justo cuando la Ilustración española comenzaba a ofrecer sus mejores frutos en el campo de la Historia⁹, lo vemos anclado en un discurso secular transido de mesianismo y conservadurismo. Una vez más, se evidencia la distancia entre las avanzadas ideas de las Luces y una España inmovilista y reaccionaria.

8. Especial devoto de este santo, también escribió Cardera una obra devocional en su honor: *Joseph protector de los fieles: duodenario devotísimo en honor del gloriosísimo tránsito del Sr. S. Joseph*, impreso en 1756.

9. Caro Baroja señala las actitudes críticas de Feijóo, Mayáns o incluso el P. Flórez, y la hiper crítica de Masdeu, en su *Historia crítica de España y la cultura española*, publicada en 1783, J. CARO BAROJA, *op. cit.*, p. 194.

El relato del “cronista” franciscano no llega a los Reyes Católicos, pero sí se refiere a ellos en otras de sus páginas impresas. Isabel y Fernando culminaron un proceso iniciado casi ocho siglos antes. De Covadonga a Granada¹⁰. Era una senda preestablecida, salpicada de revelaciones y “maravillas” que expresaban con claridad la voluntad divina¹¹. Esto hacía muy especial la capital granadina. Esto explica cómo, postergada en 1492, aunque con aires de triunfalismo, se enfrasca en su “restitución” —y de qué manera— a partir de los hallazgos sacromontanos.

2. DE LOS ORÍGENES MÍTICOS A LA PÉRDIDA DE ESPAÑA

Precisamente dedica en su “Origen y progresos del convento de Señor San Antonio de la ciudad de Granada” el capítulo primero, que se transcribe en este artículo, a la antigüedad de la ermita, donde radicó en sus primeros años la Tercera Orden Regular de San Francisco, y “su particular fundación”, remontándose a los rudimentos de la Historia de España.

Por supuesto, como partida, la amenidad del lugar. Una Granada preconcebida en la mente del Creador como joya, embeleso, imán. Imán de pueblos y culturas. Desde el nieto de Noé (Tubal, quinto hijo de Jafet)¹², a los tirios y fenicios, griegos y cartagineses, hérulos y romanos. No se detiene en estas cul-

10. En expresión de Modesto Lafuente, “aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se había de levantar tan soberbia con Isabel en Granada”, Modesto LAFUENTE Y ZAMALLOA, *Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Discurso preliminar*, Pamplona, 2003, p. 37. Entre las primeras cofradías surgidas en la Granada conquistada se encuentra la de montañeses de Nuestra Señora y San Roque, devenida pronto en Hermandad de Nuestra Señora de Covadonga, *vid.* Miguel Luis LÓPEZ MUÑOZ, “La Hermandad de Nuestra Señora de Covadonga, de asturianos y montañeses, de Granada (1702-1810)”, *Chronica Nova*, 18, 1990, pp. 237-266.

11. En uno de sus sermones recoge Cardera la leyenda de la aparición de la Virgen de la Granada de Llerena (hacia 1241) —contemporánea, por tanto, al establecimiento del reino nazarí-, que entregaba la simbólica fruta a un freile de la Orden de Santiago “en señal de la victoria”, F. T. M^a. de CARDERA, *Granada reconocida a los favores de Dios, le repite su agradecimiento, viéndose conquistada segunda vez con las mismas armas que la primera...*, Granada, 1762, p. 24.

12. Sitúa su nacimiento la historiografía legendaria pocos días después del diluvio, en tierras de Armenia y su nombre se presenta con el significado de “nido del mundo o cosa del mundo”. En el año de 2163 antes de Cristo (1798 de la Creación del Mundo, en el singular cómputo propio de los falsos cronicones) ya se encontraba en la Península Ibérica, atribuyéndosele distintos destinos (para Garibay, por supuesto, el originario fueron las montañas de Cantabria), pero una única misión: “multiplicar y hinchar de gentes”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. I, p. 72. Y algo más, pues, como era de esperar, para Garibay Tubal dejó a aquellas gentes la ley natural, el orden para bien vivir y la lengua de Cantabria, “llamada agora Bascongada”. Una idea —el “tubalismo” vasco- que aún se rastrea en algunos autores vascos del siglo XIX, J. CARO BAROJA, *op. cit.*, p. 94.

turas, sí en la visigoda. Pero tan sólo porque le interesa llegar a la época de la invasión árabe. Para Cardera la historia de Granada se articula en la concepción conflictiva y secular de lo musulmán y lo cristiano, con un claro predominio de éste¹³.

El mundo visigodo resulta en sus palabras agridulce. Se destaca su valor y sus servicios a la religión verdadera (Recaredo I y San Hermenegildo)¹⁴. Sin embargo, se denostan sus herejías (la arriana en particular) y su “perfidia”, ese singular modo de comportamiento que hipotecó los intereses generales a las miserias personales de ambición, de poder y de venganza. El tópico de la “pérdida de España” se recrea con vivacidad y subjetivismo en las páginas de Cardera¹⁵.

La exaltación monárquica es otra nota dominante¹⁶. Nos ha dejado algunas muestras de ello, fruto inequívoco del clima exaltador del Despotismo Ilustrado, en varias de sus obras. En el texto que nos ocupa, hace llegar deliberadamente la dinastía (“varonía”) “gótica” hasta Fernando V el Católico, asegurando la continuidad de principios e ideales (los religiosos en primer término, por supuesto) las casas de Austria y de Borbón¹⁷.

No le va a la zaga la piedad mariana¹⁸. Como venía haciendo el discurso oficial desde mucho tiempo atrás, a los visigodos se debieron los primeros

13. Insiste lógicamente Garibay en que los españoles “son religiosísimos y católicos cristianos, no le llevando ninguna provincia anterioridad en las cosas de la religión, y pocas y gualándosele”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. I, p. 63.

14. Curioso paralelismo, el que sigue, entre Recaredo y la Toma de Granada (2 de enero de 1492): “no ha visto [España] otro día más feliz y alegre desde el 8 de mayo de 589, en que Recaredo estableció la unidad religiosa y política de nuestra gran monarquía en el Concilio III de Toledo”, F. J. SIMONET, *Cuadros históricos y descriptivos de Granada...*, Madrid, 1896, p. VII. Con ocasión de la conmemoración anual de la Toma de Granada pronunció fray Francisco Tomás María de Cardera el sermón de 1762.

15. En dicho sermón señala haberse producido el derribo del poder visigodo como “consecuencia fatal de la falta de fe o de la fe muerta de los últimos Reyes Godos”, F. T. M^a. de CARDERA, *Granada reconocida...* *op. cit.*, p. 11.

16. Se atribuye a los visigodos, por parte de la historiografía nacional decimonónica, la creación de una “monarquía nacional”, cuya unidad se consuma en torno al catolicismo (de ahí la importancia de Recaredo en este proceso). *Vid.* Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, “Modesto Lafuente, artífice de la Historia de España”, en M. LAFUENTE Y ZAMALLOA, *op. cit.*, p. LXXXVIII. Lafuente parangona la conversión de Recaredo a la de Constantino.

17. Aún hoy, como bien insinúa M^a. J. Viguera, hay quien mantiene que “España como entidad política no es una creación de Castilla, como se ha dicho muchas veces. Representa la continuidad de la *Hispania visigoda*”, *vid.* Joaquín VALLVÉ, “Mater Spania (siglos VIII-XIII)”, en *Homenaje Académico a D. Emilio García Gómez*, Madrid, 1993, p. 338.

18. El mismo Garibay se hace eco del triunfo de San Ildefonso frente a dos heresiarcas que mancillaban la pureza y virginidad de María: “condoliéndose de la honra de la purísima e inviolable e inmaculada Virgen Señora suya y de todos, salió acérrimamente a su defensa y con predicación y públicas disputas, y fuertes argumentos venció a los hereges”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. I, p. 296.

decretos favorables a la creencia de la Inmaculada Concepción de María (de Chindasvinto o de Recesvinto¹⁹). Este es un tema recurrente en el autor, que en este caso le sirve para señalar una paradoja. Esa defensa de la Inmaculada Concepción, convertida en un símbolo “nacional”, contrasta con la atribulada actuación del nieto de Chindasvinto, el tristemente célebre Don Rodrigo. En un lenguaje escatológico, esperable en cualquier caso, al “depravado corazón” de Rodrigo responde Dios con “los justos enojos de su severa ira”. El mensaje es claro. Nada es gratuito en la actuación política de los personajes públicos. Los desórdenes de los gobernantes los paga el pueblo; tal vez esta sea la otra cara de la moneda de la brillante concepción del origen divino de la realeza, y todo ello lo adorna con axiomas como “Regis ad exemplum totus componitur orbis” (“el pueblo sigue el ejemplo de su rey”).

Triste sino para una dominación, la visigótica, que describe una trayectoria de ascenso para luego precipitarse en la perdición, en cuyos extremos se encuentran dos execrables realidades: la herejía de Arrio y la perfidia de Don Rodrigo, marcando su punto álgido, como era de esperar la magnificación del cristianismo, encarnada en las figuras de Recaredo, Hermenegildo, Isidoro, Leandro, Fulgencio, Ildefonso o Recesvinto.

Destaca en el archiconocido episodio de la “pérdida de España” la benevolencia hacia los invasores²⁰. Cardera valora muy positivamente los principios de valentía y magnanimidad, el sentido de la autoridad y la justicia, las virtudes de unos príncipes de “clarísimo entendimiento”, a los que ojalá hubiera acompañado “la verdadera religión”. Es como si la misma divinidad, beligerante y justiciera, dejara hacer: “quiso Dios premiar sus virtudes en vida... mostrando querer más las hermosas morales virtudes de un gentil que los execrables excesos de un católico”.

Así comienza el brillante retrato del miramamolín —“el mayor de los creyentes”, según Garibay— Jacob Almanzor Aben Naçr (Ulit ó Al-Walid ibn Abd al-Malik, 705-715). Cardera se mueve como pez en el agua en ese mar de premios y castigos divinos, en la penalización de las conductas personales, en la estigmatización de los personajes públicos incumplidores de sus obligaciones.

19. Cuéntase que mandó bautizar a muchos judíos “este rey excelente y católico príncipe, y amigo del acrecentamiento de nuestra Santa Fe”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. I, p. 293. En su reinado se celebró el X Concilio Toledano (655), que situó la festividad de la Expectación de María el día 18 de diciembre, ¿no fue éste el día en que la tradición sitúa la entrega de la casulla por la Virgen María a San Ildefonso (665) o lo gesta de Hernán Pérez del Pulgar colocando el “Ave María” en las puertas de la mezquita mayor de Granada (ochocientos veinticinco años más tarde)? Además, según cuenta Cardera en otro lugar, la festividad mariana del 8 de diciembre se celebra en “España” desde el tiempo de San Ildefonso.

20. En la línea del entusiasta e interesado estudio del morisco Miguel de Luna, *Historia verdadera del rey Don Rodrigo*, Granada 2001, ed. facsímil con estudio preliminar de Luis F. Bernabé Pons.

Granada entra el relato cuando los invasores musulmanes calibraron las posibilidades de este “Jardín del mundo” y “Tierra prometida”.

Pero antes, cómo no, se detiene el fraile en el derrumbe del mundo visigodo, dando pábulo a los lugares comunes que conforman esa época-bisagra, consagrada en la literatura y aún en la historiografía con una formulación mítica, metafísica y filosófica, tras la que se rastrea el incombustible “problema de España”. Por supuesto, si depravada fue la actuación de Rodrigo mancillando a la Cava, hija o esposa de Don Julián, pérfida fue la venganza de este conde, que dejó a merced de “los canes esta especiosa herencia de Jesucristo”²¹. Las miserias humanas emergen hasta la iniquidad en un episodio dictado por la Providencia²².

Como contrapunto a la decadencia moral, aparece el general Tarif Abenziet —brillando en los mundos de la toga y de la espada—, que tatea las posibilidades de expansión del Islam allende el estrecho que acabó llevando su nombre. Son para él la gloria de la primera campaña en Algeciras y la contundente victoria sobre el ejército de Don Rodrigo junto al río Guadalete —Cardera la ubica erróneamente, como era común por entonces, en el año 714²³—. De aquí

21. Quizás la formulación más reciente de este sobrecogedor episodio sea *La leyenda del rey don Rodrigo (Crónica General de España de 1344)*. Ed. de José PALLARÉS MORENO y M^a. Ángeles RUBIO PÉREZ, Barcelona, 2009). Incluye la “maravillosa” historia de Rodrigo al penetrar en la enigmática casa de Hércules y violentar el arca que contenía una dramática profecía con un destino inexorable, un lienzo con figuras de árabes y la leyenda: “Cuando este paño se abra y aparezcan estas figuras, hombres armados como éstos tomarán España y serán de ella señores”, *ibidem*, p. 43.

22. Del que se beneficiaron, paradójicamente los llamados “infeles”: “el miserable estado de la monarquía gótica les brindaba ocasión oportuna; la venganza y la traición les tendieron su mano”, M. LAFUENTE Y ZAMALLOA, *op. cit.*, p. 35. Su juicio no puede ser más elocuente, al afirmar de nuevo la legitimidad de la monarquía “nacional” (gótica): “Árabes y moros se derraman por todas las comarcas de la Península y la inundan como un río sin cauce. La nación ha desaparecido: ella resucitará” (*ibidem*, p. 36). Por su parte y con harta sagacidad, Garibay esparce la idea de que, cristiano hasta pocos años antes, el Norte de África aportó a la invasión de la Península Ibérica numerosos cristianos, “pretendiendo ...ganar sueldo de su príncipe”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. VI, p. 254.

23. El trascendental episodio de la Historia de España se interpretó siempre en clave providencialista, aludiendo de paso a las profecías que aludían al castigo divino. “los pornía en las manos de los bárbaros, porque avían olvidado a los mandamientos del Señor”, si bien se afirma a continuación la tolerancia de los conquistadores y el origen del mozarabismo: “quedaron hechos vasallos de los Moros, los cuales con cobrar sus tributos, no curaron por este tiempo de les hazer fuerza que dejasen la Religión Christiana”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. I, pp. 319 y 321; la cuestión religiosa siempre manipulada, pues admite que hay autores “que quieren dar a entender casi repentinamente fue luego sorbida España y al instante perceda la Religión Christiana”, *ibidem*, p. 235. El año 714 parecía más emblemático que el de 711, pues justamente tres siglos antes (en 414), se situaba la penetración de Ataúlfo por las tierras peninsulares; es decir el comienzo del poderío godo que ahora se desmoronaba de forma calamitosa. Por cierto, el rito mozárabe lo conservó la Iglesia de Toledo; recientemente se ha introducido puntualmente en el Sacromonte de Granada. No parece casual: los mozárabes “por algunos siglos y con heroica entereza, conservaron la fe de Jesucristo, no sin grandes reyertas y disensiones con los musulmanes, hasta que extirpados por éstos los unos,

a Córdoba, de la conquista al esplendor. Fascinación por la corte califal, para la que toma prestadas las palabras de la *Historia General* de Alfonso X el Sabio: “de los mayores Reyes que dominaban el mundo, pone primero al Papa, luego al Emperador, después al Rey de Francia y últimamente al de Córdoba, sin hacer mención de los otros”. Bien es sabido que la “españolización” del pasado árabe, y en especial del esplendor del califato omeya, fue una baza destacada de la historiografía nacional decimonónica, que lógicamente cuenta con antecedentes²⁴.

Y de Córdoba a Granada, ciudad “no muy populosa”, pero “de las más fuertes de la Corona”, botín de Tarif en 715. Maravillas y santidad la adornan. Junto a la repetida amenidad del enclave y la belleza de la ciudad, la “santidad” de su suelo, regado por sangre de mártires. Los orígenes míticos de Granada salen a relucir. Ningún atisbo de duda, antes bien, abunda Cardera en esa leyenda que hace derivar el poblamiento de España de la estirpe de Noé.

Fecundan este paraíso —su célebre Vega²⁵— cuatro ríos nacidos en las blancuras de Sierra Nevada: Genil, Darro, Beiro y Monachil, aludiendo a la clásica exaltación de su abundancia de agua. Granada es, además, una joya de Oriente en Occidente, otro de los tópicos sobre la historia granatense. “Hizna

huidos los otros a los reinos cristianos que se iban formando en España, y algunos convertidos al islamismo, prevaleció al fin la gente sarracena”, escribe Francisco J. SIMONET, *Descripción del reino de Granada...*, Amsterdam, 1872 (1ª. ed., 1860), p. 7, *vid.* su extensa obra *Historia de los Mozárabes de España*, Madrid, 1983, 1ª. ed. en 1897-1903. Esos mozárabes se reivindicaron como los más genuinos españoles. Por su parte, Pelayo sería el estandarte superviviente de la España goda, aunque tal vez fuera más limpia aún su sangre si descendiera, como apuntan algunos, de la mismísima estirpe no contaminada de Túbal, “progenitor de los verdaderos Españoles, que la de los Godos extranjeros, poco había tenidos por bárbaros, que andaban peregrinando por el mundo”, GARIBAY, *op. cit.*, t. I, p. 325.

24. El saber histórico no encuentra un espacio propio hasta la segunda mitad del siglo XVIII, hallándose antes —coincido con Pérez Garzón— entre la erudición y la filosofía, por no decir la teología. Desde el siglo XIX “la historia debía dar explicación de la necesidad de alumbrar esa nueva realidad estatal y nacional que, de ningún modo, podía presentarse como ruptura con el pasado, porque entonces se negaría como tal historia”, Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, “La creación de la historia de España”, en VV. AA., *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000, p. 64. Tal es la línea de la obra de Francisco Tomás María de Cardera. Al fin y al cabo, “la Edad Media peninsular tiene la enorme desventaja de que cualquier paradigma que se intente establecer puede ser refutado con los mismos argumentos que se utilizan para apuntalarlo”, Eduardo MANZANO MORENO, “La construcción histórica del pasado nacional”, en VV. AA., *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, 2000, pp. 51-52. Primó, desde luego, el carácter cristiano del proceso “reconquistador” (pese a las diferencias entre los reinos implicados), el empeño común de expulsar al “otro”, al “intruso” (un enemigo fácilmente reconocible), y el protagonismo de Castilla. Pero sin renunciar a las aportaciones culturales del mundo islámico.

25. De ella dice Garibay: “rociada y bañada de tanta y tan noble sangre, es fertilísima y abundante de todos frutos, y de grande rédito a sus reyes, en cuya circunferencia, aviendo veynte y siete leguas, nacen... treynta y seys fuentes”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. IV, p. 328.

Román” —Castillo de la Granada— se ofrece como un topónimo frecuente en Palestina y en Fenicia, a pesar de que asevera ser fundada la ciudad por Liberia —hija del décimo rey de España, Hispán²⁶—, que le dio el nombre de Iliberia²⁷, “más de dos mil años antes de la venida de Christo a redimirmos”. Con ésta y otras artimañas se reafirmaba la alusión bíblica a las ciudades hispanas.

En una secuencia literaria con tintes sermonarios, hasta en nueve ocasiones comienza su descripción con un expresivo “Esta es la ciudad...”. Sí, la ciudad erigida sobre montes santos, la ciudad cuyo suelo hollaron los pies de María, la ciudad que mereció la predicación del apóstol Santiago, la ciudad privilegiada por su “Monte coagulado de su divina gracia, monte pingüe de santos y tesoro de las mayores riquezas, espejo de la Cristiandad, columna de la verdadera fe...” y emblema de la Inmaculada Concepción de María, que describe con la viva metáfora de la zarza ardiendo: “donde brilla la inmaculada zarza que ardió desde su concepción sin quemarse aun en el más leve fuego de naturaleza infecta”²⁸.

3. DOMINACIÓN MUSULMANA Y ATISBOS DE CRISTIANDAD

Sin embargo, el dominio califal se esfuma en su relato para reafirmar una marcada identidad de la Granada árabe. Desde el año de 726 y hasta la creación del reino vasallo de Granada en el siglo XIII, corre el autor un tupido velo con aires de legitimidad dinástica: ese primer año se ciñó la corona granadina el hasta entonces alcaide de la ciudad, Betiz Aben Abuz: “fue el primer Rey Árabe que dominó peculiarmente en Granada y permaneció la Corona en su descendencia hasta Aben Hut, a quien otros llaman Aben Huz Alnayar”, que, habiendo capitalizado en al-Andalus la derrota de los almohades, murió asesinado

26. De nuevo, Garibay lo presenta como duodécimo rey de España y su cronología (1699-1668 antes de Cristo) tampoco parece coincidir con la de Cardera, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. I, pp. 88-90.

27. O Iliberri, que en lengua ibérica significa “villa nueva”, F. J. SIMONET, *Cuadros históricos...*, *op. cit.*, p. 1.

28. A la Inmaculada Concepción, con ocasión de su patronazgo sobre los dominios hispánicos, dedicó Cardera en 1761 su sermón *El Patronato de la Inmaculada Concepción en España, es libro de quenta y razón de las obligaciones que tiene a esta Sra., en el qual debemos todos leer y aprender las que tienen estos reynos de dar gracias a Dios por este Patronato*. Comienza significativamente afirmando ese patronato mariano sin desdoro del de “su sobrino nuestro antiguo patrón, Sr. Santiago el Zebedeo”, y es que “escogió Dios a Jacobo para España, porque determinando *ab aeterno* esta Monarquía para el Patronato de su Madre Soberana, debía España tener por Madre de su Fe, por Padre de su Christiandad a un Apóstol por antonomasia mariano”. En este caso, como en otros de sus opúsculos, recurre Cardera a la autoridad de Sor María de Jesús de Agreda. La monja confidente ve a María llegar en una nube para guiar los pasos de Santiago y desde Granada le ordenó peregrinar, asegurando sus pasos por el suelo ibérico con una compañía de cien ángeles, F. T. M^a. de CARDERA, *Granada reconocida...* *op. cit.*, p. 23.

en 1238. Es evidente le interesan unos datos sí y otros no²⁹. Su historia se nos presenta a jirones, al servicio de una idea motriz, de una “verdad utilitaria”: en última instancia, la superioridad de la religión cristiana. Al fin y al cabo, “no se puede asumir todo el peso del pasado, so pena de convertirlo en una mina de desgarros”³⁰.

A partir de entonces, divididos de nuevo los “Moros de España” en diversos reinos, arranca la trayectoria del reino nazarí de Granada. Ya próximo a terminar su inconcluso relato, se detiene en la figura del emir Mohamad Aben Alhamar I. Por supuesto, de entrada le interesa subrayar que la existencia del reino y la gloria del monarca son el fruto de la magnanimidad del santo rey Fernando III: “Hízose su vasallo, besóle la mano en señal de pleito omenage, asentóse el anual tributo de ciento y setenta mil ducados (suma muy exorbitante en aquel tiempo) y por firma de las Capitulaciones le entregó la ciudad de Jaén”³¹.

Ahora bien, esto no resta valía al monarca granadino, antes bien le dota de un inestimable sentido de la realidad y de la lealtad, al fiar la seguridad de su reino en la alianza con Castilla. Y, claro está, los fieles cristianos se beneficiaron de esa realidad: “deseaba ocasiones en que mostrar su afecto a los cristianos, a quienes concedió muchas franquicias en su reyno y abrigó muchos, afianzando desa suerte sus alianzas con Castilla”³². Pasa de puntillas sobre el esplendor de la capital nazarí, aunque cabe contraponer el “célebre Fuerte de Granada” (la

29. Proclamada la antigüedad cristiana de la ciudad, el tiempo adquiere otra dimensión —la misma que proclama J. Calatrava en relación con la obra de Bermúdez de Pedraza—: “su carácter de depósito de una fe tan indeleble que, regada por la sangre del martirio y sepultada como un tesoro bajo el feliz suelo granadino, puede ya *restaurarse* incluso tras el largísimo intervalo de la dominación musulmana”, J. CALATRAVA, *op. cit.*, p. 480.

30. E. MANZANO MORENO, p. 38.

31. Fue siempre lugar común. Escuchemos de nuevo a Modesto Lafuente: “Mucho hace la benéfica y sabia administración de Ben-Alamar, y la paz en que le deja vivir San Fernando hasta su muerte, como aliado suyo que había sido y auxiliador en sus empresas”, M. LAFUENTE Y ZAMALLOA, *op. cit.*, p. 55. La historiografía castellana y española suele mirar con buenos ojos a este monarca sabio y prudente. “Poco antes, siendo labrador, hombre baxo, que avía sido pastor y cavador, vezino y natural de Arjona, se avía dado a la milicia, por ser de grandes y vivas fuerças, y muy diestro en las armas y osado en las batallas y trances de armas”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. IV, p. 321. Por cierto, Cardera pudo proceder de Arjona, como Alhamar, aunque no está nada claro su lugar de nacimiento.

32. El reino nace, ciertamente, bajo la influencia castellana, a la que pronto se superpone el espíritu bereber africano, Cristóbal TORRES DELGADO, *El antiguo reino nazarí de Granada (1232-1340)*, Granada, 1974, p. 128. Era una peculiar mezcla de hostilidad y sumisión hacia Castilla, Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Granada: historia de un país islámico (1232-1571)*, Madrid, 1989 (3ª. ed.), p. 127. Los autores antiguos trufan esa “amistad” con anécdotas de trasfondo religioso: acostumbrado el rey de Castilla a celebrar “cada año un suntuoso aniversario por la ánima del Rey don Fernando..., solía el Rey Mohamad enviar cada año a Sevilla muchos Moros principales con cien peones y cien achas de cera blanca, que se solían poner en el circuyto de la tumba del santo Rey”, E. de GARIBAY, *op. cit.*, t. IV, p. 333.

Alhambra) con la “continua y lenta decadencia” del reino, otro de los lugares comunes de la historiografía en relación con el pasado musulmán, que insiste en su brillantez cultural, escorando el auge político³³. Cardera va conduciendo su relato a donde realmente le interesa: un monarca musulmán tolerante, amigo de Castilla, comprensivo con los cristianos..., pronto le veremos hacer un guiño a la religión de Jesucristo³⁴.

Esta parte del relato alcanza un valor simbólico inapreciable, un acercamiento muy sutil hacia los principios de la religión católica, una vía de conciliación entre dos modelos religiosos y culturales. La convivencia se torna posible, aún más deseable, superando las antiguas rigideces, de forma que Torres Bermejas —donde se había venerado la memoria de S. Cecilio— protegerá a la población cristiana, “convirtiendo al que era presidio de opresión en Alcázar de seguridad”. Estas acciones engrandecen la figura del monarca nazarí, y en general de toda la dinastía³⁵; se inscriben en la estrategia de forjar ese “islam español” que acabó dominando en la historiografía posterior, incidente, como se indicaba, más en lo cultural que en lo político y dirigido, a mi juicio, a perfilar un sustrato común asumible desde los principios de la cultura dominante³⁶.

33. “Hubo práctica unanimidad en anteponer, de un modo u otro, la nación cultural a la política”, en el intento de “exhibir la existencia de una única nación española”, desde una perspectiva “esencialista” de la vida de los pueblos, Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, “La creación...”, *op. cit.*, pp. 69 y 70. Se trata de una suerte de hibridación cultural, de permanencias y trasvases que han dejado huellas imborrables. Ya para los ilustrados españoles al-Andalus se convirtió “en algo intrínsecamente español, ajeno a influencias europeas, y que suponía la aportación de nuestro país al desarrollo científico y económico europeo”, María J. VIGUERA MOLINS, “Al-Andalus y su entorno”, en Francisco VIDAL CASTRO (ed.), *De civilización árabo-islámica*, Jaén, 1995, p. 25. En palabras de E. Cerulli: “España, la primera entre las naciones en la defensa de la Europa cristiana durante los siete siglos de la Reconquista, fue la primera también en acoger y transmitir al Occidente europeo lo mucho que, en los diarios contactos de paz y de guerra, recibía en el campo de la cultura y del arte de aquel mismo mundo oriental al que se oponía en el campo de batalla”, cit. en el significativo título de Juan VERNET, *Lo que Europa debe al Islam de España*, Barcelona, 1999, p. 14. Del mismo autor es *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, 1978.

34. Huelga aludir a la consabida convivencia de las tres culturas. Basten estas palabras de Viguera: “Al-Andalus de las tres religiones, lo fue realmente durante sus cuatro primeros siglos; después apenas quedó una minoría de no-musulmanes autóctonos, y al final sólo ya de judíos”, María Jesús VIGUERA MOLINS, “Cristianos, judíos y musulmanes en al-Andalus”, en Julio VALDEÓN BARUQUE (ed.), *Cristianos, musulmanes y judíos en la España medieval. De la aceptación al rechazo*, Valladolid, 2004, p. 52.

35. Al hilo de las minucias de Cardera, parece muy procedente de nuevo la argumentación de Eduardo Manzano, salvando la distancia cronológica: “era evidente que la memoria de la presencia musulmana en la península tenía que ser reivindicada de un modo u otro. Ahora bien, esta reivindicación para ser aceptada debía inscribirse necesariamente en el marco de la historiografía nacionalista dominante, dado que fuera de ella el conocimiento del pasado carecía de toda razón de ser”, E. MANZANO MORENO, *op. cit.*, p. 56.

36. M^a. Jesús Viguera alude gráficamente a la “larga y profunda experiencia historiográfica del Islam andalusí como *el otro* por excelencia, que es a la vez, en buena parte, un *nosotros*”, M^a. J.

Y he aquí el guiño que se esperaba, narrado con lujo de detalles. Granada es presa de una epidemia (el “fuego sacro” o ergotismo, son su estela de gangrenas y fuertes dolores, de fiebres y convulsiones, que se ha relacionado con el consumo de pan de centeno en mal estado), que sólo cabe explicar en clave providencialista: “no aprovechan humanas medicinas cuando Dios ordena las enfermedades a los altísimos fines que no alcanzan los mortales”. A causas trascendentes han de corresponder respuestas trascendentes. Bien es sabida la especial propensión de San Antonio Abad a granjear la salud ante tan temible enfermedad.

Así es como, a mediados del siglo XIII, aparece la figura de un santo cristiano, rodeada de eficacia y luminosidad (“el sol San Antonio Abad”³⁷). A esto lógicamente se llama “milagro” y más cuando devolvió la salud al mismo rey, contagiado de la enfermedad. Pero además ofrece una oportunidad de oro que aquel fraile, en sus ingenuas convicciones, no podía desaprovechar por más que el siglo XVIII hubiera rebasado ya su ecuador. No por esperado, dejaremos de subrayar su juicio sobre la superioridad de la religión católica, que al fin y al cabo esa peculiar y secular lucha simbólica esgrime sus mejores armas en el terreno de la eficacia práctica: incluso frente al poder de Mahoma, “se vio estrechado a buscar en la verdadera Ley el remedio a su dolencia”³⁸.

El juego de roles también es importante, porque sus ruegos a San Antón parten del consejo de un cautivo cristiano, anécdota en absoluto baladí: el rey rescatado en su salud por un cautivo. Y no podía faltar para rematar la anécdota la promesa de un caballero, porque Alhamar lo era³⁹ y en ningún momento lo

VIGUERA MOLINS, “Al-Andalus...”, *op. cit.*, p. 20. Continúa acertadamente la autora: “la historiografía medieval de la Península Ibérica cristiana colabora en la fundamentación y operatividad de la ideología de la Reconquista, elaborando esa visión característica de un al-Andalus con el que *hay* que acabar”, pero “coexistente con determinadas imágenes admirativas”, *ibidem*, p. 21. El resultado fue la delineación de un Islam diferente, más occidental, que en el caso del tardío reino de Granada raya en lo refinado y lo sensual, en medio de una “decadencia moral”. Así se pensaba y así se decía en pleno siglo XIX.

37. El sol para el autor siempre es símbolo de la verdad, permanencia y superioridad cristianas. En otro lugar se refiere, en relación con la conquista de Granada por los Reyes Católicos, al “firme claro Sol de la Fe granadina”, frente a “la obscura inconstante luna de su Mahometanismo”, F. T. M^a. de CARDERA, *Granada reconocida... op. cit.*, p. 2.

38. Y todo ello con capacidad de sorprender, pues desde los últimos siglos medievales se rastrean elementos maravillosos y extraordinarios en la consideración del mundo islámico, M. A. LADERO QUESADA, *op. cit.*, p. 195. De Alhamar a Boabdil. También a éste atribuye Cardera, en otro lugar, una anécdota trascendente cargada de simbolismo: entregó a los Reyes Católicos un *lignum crucis*, que “testificó estar en poder de sus antecesores desde la pérdida de España”, F. T. M^a. de CARDERA, *Granada reconocida... op. cit.*, p. 61. Y los dominicos de Segovia redoblaron el simbolismo al exhibir dicha reliquia en un relicario, ejecutado con la primera plata llegada de Indias, cuyo pie reproducía a escala el campamento real de Santa Fe.

39. La caballerosidad y otras virtudes de los granadinos —con sus reyes a la cabeza— es otra referencia dentro de la historiografía local, muy bien resumida en el juicio que se pone en boca de

niega Cardera. El sultán cumple su promesa: “labrar al santo una hermita”. Lo hace con resolución y valentía, máxime cuando “mucho puede el ejemplo de los Príncipes en los corazones de los vasallos”. La ermita —construida “cerca de la mitad del siglo trece”— era austera pero fuerte en su construcción y, en señal de gratitud, estaba “a vista de su Palacio y Fortaleza de la Alhambra, para tener el consuelo de ver desde su casa al libertador de su vida y repetir sus clamores quando la ocasión lo pidiese”. De nuevo el mito adquiere forma⁴⁰.

Aquella ermita, que llevaba en pie cinco siglos cuando escribía Cardera, era, por tanto, un puente, una vía de entendimiento, un símbolo mesiánico, que jalonaba un camino inexorable. Era el anuncio de lo que vendrá. Ciertamente, este puente no une orillas iguales, ni el fraile tercero lo pretende. Encastillado en el discurso triunfalista de una Granada vencedora por la fe, lógicamente subraya —no podía ser de otro modo— esa superioridad de la “verdadera Ley”. Pero no por ello desprecia lo musulmán, al menos no de forma absoluta⁴¹, sino que lo integra en un discurso, no de lo contingente, sí de lo inmanente, en una evolución histórica inevitable porque para Cardera la mano de Dios trazaba los renglones de la Historia.

No dejaría de ser una anécdota curiosa este final de Cardera, ni no fuera porque la ermita de San Antón el Viejo estaba llamada a ser la sede de la comunidad de frailes terceros franciscanos de Granada (cuya fundación sitúa en el año 1530), que si bien no podía rivalizar en número, grandiosidad y elocuencia con otras ramas de la orden seráfica, sí que podían presumir de esta curiosa predilección divina.

fray Hernando de Talavera: “para ser ellos y nosotros buenos Cristianos, avían de tomar ellos de nuestra Fe y nosotros de sus buenas obras”, cit. en J. CALATRAVA, *op. cit.*, p. 481.

40. “Crear mitos en torno al mundo o al pasado puede parecer una forma fácil de hacerlos accesibles, pero en última instancia ello sólo revela nuestra incapacidad para comprender”, E. MANZANO MORENO, *op. cit.*, p. 61. Todo un universo de señales sobrenaturales ratifican los mitos y las falsificaciones. En relación con el Sacromonte, “bajo la dominación sarracénica era celebrado aquel monte por señales prodigiosas y notables maravillas”, F. J. SIMONET, *Cuadros históricos...*, *op. cit.*, p. 50. Al fin y al cabo, los falsos cronicones rezumaban un “espíritu de profecía”, equivalente a la cábala, la magia o la astrología en otros países, capaz de colocar todos los datos en un orden irreprochable, *vid.* J. GODOY ALCÁNTARA, *op. cit.*, p. 2.

41. Salvando lo cultural, la estrategia venía siendo claramente la de sustituir y silenciar al “otro”, en el esfuerzo por construir una identidad paradójicamente “española”. En palabras de Márquez Villanueva, “Lo que hoy consideramos como esencia de españolidad y catolicismo, no fue, pues, sino un bandazo radical con que a fines del siglo XV se puso violento e innecesario fin a cierto “ser” nacional de impecables credenciales”, Francisco MÁRQUEZ VILLANUEVA, *El problema morisco (desde otras laderas)*, Madrid, 1991, p. 7. *Vid.* las dos caras del mismo acontecimiento de 1492 —con la decidida “demonización de los gentiles”— en Rafael G. PEINADO SANTAELLA, “El final de la Reconquista: elegía de la derrota, exaltación del triunfo”, en Manuel GARCÍA FERNÁNDEZ y Carlos Alberto GONZÁLEZ SÁNCHEZ (eds.), *Andalucía y Granada en tiempos de los Reyes Católicos*, Sevilla, 2006, pp. 55-86.

DOCUMENTO

Origen y progresos del convento de Señor San Antonio de la ciudad de Granada, que es de religiosos de la Tercera Orden de Penitencia de N. S. P. San Francisco de la Provincia de S. S. Miguel de Andalucía y Granada.

Escrito por Fr. Francisco Tomás María de Cardera, indigno hijo de la misma provincia y morador en dicho convento.

[Manuscrito, Biblioteca General de la Universidad de Granada, Caja 2-19 (2)]

Capítulo primero. Antigüedad de la hermita de San Antón el Viejo y su particular fundación.

Es la España hermosa y feliz región de Europa. La situación que le dio la Naturaleza, entre los dos Mares Océano Mayor y el Mediterráneo, le hace formar una fuerte y agraciada Península. Lo ameno de sus campos, lo pingüe de sus frutos, lo fértil de sus frecuentes montañas, lo abundante de sus minerales, la ligereza de sus caballos, la agilidad y esfuerzo de sus naturales, la preeminencia de todas sus cosas, hacen ver que en su fomaci- /² ón arrestó la Divina Majestad los efectos de su poder para que fuese el embeleso de las demás naciones, que atraídas del fuerte imán de sus oros y demás fecundidades han anhelado por hacer cada qual suya tan preciosa joya. Las primeras gentes extranjeras que después de su población por Túbal, nieto de Noé, invadieron las costas españolas, fueron los tirios y fenices, pueblos de la Asia Mayor. Siguiéronle después los griegos, luego los cartagineses con su famoso capitán Amílcar. Después de éstos asaltaron varias provincias de la Iberia los éruulos y romanos, quedando éstos, por el valor del gran Scipión Africano, absolutos dueños de la región después de la guerra de Numancia.

Creció con el tiempo la fama de la fecundidad del país y así el segundo siglo de nuestra salud, en que el Norte echó de sí tal diluvio de gentes que anegaron la Europa, hicieron a los españoles presa de su ambición los silingos, suevos, alanos, wándalos y godos, todos pueblos septentrionales. Estos últimos, que son según la descripción del Atlas Mayor, habitantes de la Escandinavia, que contiene a las tres coronas de Kalmar, que son Noruega, Dinamarca y Suecia, como se dividan sus países en dos partes que se llaman Gocia Oriental y Occidental, tomaron diversos nombres, conviene a saber los orientales, ostrogodos, y los que habitaban la parte occidental, vestrogodos o visigodos. Llegaron por los años del Señor de ciento y noventa y quatro a crecer en tanto número que salieron como enxambres de avejas a inundar el mundo, guiando los visigodos a Italia, celebrado imperio del orbe, y los ostrogodos a la Asia, de donde, rebatidos por los emperadores griegos, vinieron a juntarse en Italia con los visigodos, aunque no se juntaron sus fortunas, pues aquéllos fueron después de la muerte de su gran rey Thodorico totalmente desechos y borrada su progenie del Imperio Romano; quando éstos, después de

aver dominado muchos años ³ la Italia y Galias, embistieron a España el año de cuatrocientos y quince, siendo su Rey y Capitán General el celebrado Ataulfo, que dio principio al famoso imperio de los Godos. No paró el natural ardimiento de nuestros visigodos hasta que, derrotados, por Wallia, 3º Rey, los Alanos, que dominaban la Cataluña, ahuyentados por el mismo a África los Vándalos, que poseían las Andalucías, y últimamente destruidos en su Galicia los Suevos por el Rey Leovigildo, 16º Rey, se enseñorearon de todo el País, aviendo un siglo antes echado totalmente de España a los Romanos Eurico, séptimo Rey de los Godos.

Célebre a todas luces hubiera sido desde sus principios el español Trono de los Godos, si con el imperio hubieran introducido en ella la verdadera Religión, pero la inficionaron de las herejías de Arrio, en que los instruyeron los pérfidos obispos arrianos, que les dio por maestros el inicuo emperador Valente, a quien Alarico⁴², Rey de los Godos, pidió doctores que los imbuyesen en la religión christiana. Vívoras del Catolicismo, hija de tales basiliscos en la Fe, permanecieron los Reyes Godos hasta que Flavio Recaredo I, hijo de Leovigildo y hermano del insigne mártir S. Hermenegildo, su primogénito de España y defensor de la verdad católica, hizo que todo el Reyno abjurase las herejías y profesasen la Santa Fe de la Iglesia Romana, a que incansablemente ayudaron sus célebres tíos (hermanos de su madre, la Reyna Teodora), S. Fulgencio, S. Leandro y S. Isidoro. Desde entonces ha permanecido en los monarcas españoles la verdadera Fe inviolable, mereciendo justísimamente el sacro renombre de Católico, que al mismo Recaredo dio primeramente el Concilio Toledano y después confirmó el Papa, a quien siempre han profesado y ⁴ profesan una singularísima obediencia y filial verdadero afeto sobre todos los potentados del orbe. Esta es la sangre que desde Ataulfo anima la española Monarquía y por sus enlaces, finalizada en Fernando V la varonía gótica, entró en el solio español la Austriaca en la persona de Felipe I, que gobernó hasta que por muerte de Carlos II, último Rey Austriaco, sucedió en la Corona la varonía de Borbón en la piadosa y gran generosidad de Felipe V.

Como todas las Naciones que triaron la Europa hallaron su descanso y como término de sus designios en España, era grande el deseo que todo el orbe tenía de participar de un País que se mostraba el imán de las Gentes. Bien noticiosos estuvieron siempre de las conveniencias que la España ofrecía al Mundo, de quien avía sido tantos siglos el espectáculo y final objeto, los Miramamolines, o emperadores de la Arabia, y deseaban se les proporcionase ocasión en que ser partícipes de un tan rico vestido, que hasta allí avía abrigado a todo el Mundo. Bien oportuna se le ofreció ésta al Miramamolín Jacob Almanzor Aben Naçr (apellido de su real estirpe), Príncipe que, siendo émulo del Grande Alexandro en sus conquistas, pudo serlo aún del Constantino Magno en la virtud, si a sus naturales prendas y

42. Debe tratarse de Atanarico.

morales nunca bien alabadas virtudes, hubiera acompañado la verdadera Religión, aplicando las altas luces de que gozaba su clarísimo entendimiento a salir de las pantanosas tinieblas del Gentilismo al ameno Paraíso de la Fe Católica. Aunque sin el premio de la Buenaventura murió este Monarca, pero quiso Dios premiar sus virtudes en vida dándole el deseado reino español y quitándolo a quien no sabía mantenerlo en la pure- /⁵ za de costumbres que competen a un fiel cristiano, realizando así a Almanzor y mostrando querer más las hermosas morales virtudes de un gentil que los execrables excesos de un católico.

Desde que el piadoso Rey Recaredo I abrazó la Religión Católica fueron continuando los Reyes Godos, sus sucesores, en su establecimiento, y aunque no dexó de aver algunos desórdenes, pero nunca tan graves como en el Reynado de Witiza, trigésimo segundo Rey de los Godos en España. Fue éste un hombre lleno de ambición, enemigo de su Reyno, amigo sólo de la ociosidad, madre de todos los vicios, que unánimes dominaban el corazón de Witiza, colmando sus excesos con una abominable crueldad. Después de aver hecho demoler las mayores y quasi todas las fortificaciones de su imperio, en que se avían empleado los tesoros y valor de tantos Príncipes famosísimos, quiso también acabar con la sangre real goda, haciendo matar a los Caballeros de la Sangre. Escaparon de su saña el Santo Infante Don Pelayo y, para nuestro mal, el Príncipe Don Rodrigo, hijo del infante Theodofredo y nieto del Santísimo Rey Chindasvindo (sóbrale para serlo aver publicado y hecho decretos tan favorables a la Inmaculada Concepción de la Reyna de los Cielos María Santísima), aunque algunos quieren lo sea del piadosísimo Recesvindo, íntimo amigo del célebre San Ildefonso.

Era este príncipe manso, apacible y religioso, por lo qual, muerto Witiza, todo el Reyno lo recibió con estrañas demostraciones de alegría, repudiando a los hijos de Witiza, como a ramos de tan infame tronco, en cuya muerte no hubo vasallo que tuviese una lágrima que derramar, porque en vida avía hecho sudarlas todas la abominable prensa de su infame crueldad. Colocado Rodrigo en el trono español, quitó /⁶ la aparente máscara de virtudes a su depravado corazón, declarándose, más que hijo de un Theodofredo, legítimo sucesor de un Witiza. Calmó tan infame fuego la paciencia de la Majestad Divina y colmó los justos enojos de su severa ira. En pena de sus innumerables abominaciones le dexó caer en la última, que fue causa de su ruina y la de un tan florido imperio, haciendo perecer mucha inocente y santa sangre que el cuerpo gótico conservaba al calor de muchos santos prelados y religiosos, que se esmeraban en oponerse a los públicos desórdenes de sus Monarcas, a cuyo exemplo todo el Reyno iba a toda priesa desplomándose a su último precipicio, porque *Regis ad exemplar totus componitur orbis*. Avíase Rodrigo desenfrenado a todos los vicios y en especial al de la lujuria, que lo guió a su natural pantano, de donde no pudo salir. Enamoróse de Florinda, Dama de Palacio, conocida comúnmente por el inicuo nombre de la Caba, hija de Don Julián, conde de Algeciras. Esperaba ésta casarse con el Rey, mas éste, perdiendo el respeto a Dios y a los hombres, la hizo antes objeto de su iniquidad.

Hallábase a la sazón el conde en África, ya con el consuelo del infante Don Sancho y su madre, la viuda de Witiza, ya en el gobierno de algunos países que la Corona Gótica poseía en la Mauritania. Noticióle Florinda de su desgracia y como el conde, que para esto pasó a España, hallase cierto su deshonor, determinó, pérfido, echar a los canes esta especiosa herencia de Jesucristo, bella parte de la grey de la Iglesia y mejor porción del Catolicismo. Para este efecto partió a las Arabias y, llegado a su corte, se puso en presencia del Miramamolín, haciéndole aquella tan gustosa como deseada y nunca esperada promesa de ceñir sus sienes con la afamada corona de /⁷ los Godos, haciendo trofeos de sus plantas las huestes españolas, si le ayudaba para vengar su agravio. Agradó al Miramamolín semejante propuesta, en que se le franqueaba un Reyno, que por fuerte rival, por inmediato fronterizo a sus dominios de África, por celebrado y floreciente tenía tanta necesidad como deseo de que esmaltase los timbres de su feliz diadema. Aceptó la oferta, dióle su real consentimiento y palabra de favorecerle sus designios, y para el efecto de tan exorbitante empresa puso los ojos en el famoso general Tarif Abenziet, prudente y esforzado varón, que en paz y guerra tenía experimentado, y conocido que sabía hacer florecer la toga también como brillar la espada. Encargóse éste del negocio y, como cauto capitán, quiso con seis mil hombres probar en las costas y lugares vecinos la verdad del conde, que aseguraba la poca resistencia que encontrarían en el Reyno, antes que aventurar todas las tropas en un país no conocido por él y habitado de unas gentes tan temidas en el orbe por valerosas. Y más quando recelaba que quien no temía quebrantar el solemne juramento hecho a su natural señor, no se detendría en violar la palabra dada a un príncipe extranjero. Pasó el Estrecho de Gibraltar y entró por Algeciras, patrimonio infausto de tan infame dueño, y como ni en aquella villa ni sus comarcas, que corrieron talando a sangre y fuego, hallasen resistencia alguna, se volbió a Arabia.

Llegado a la presencia del Grande Jacob Almanzor, le aseguró ser verdad lo que el conde avía dicho, y así el Miramamolín le hizo entregar todas sus tropas, confirmándole en generalísimo absoluto y confiéndole toda su imperial potestad para emprender de hecho la conquista de España. Hizo entonces Tarif el proyecto que juzgó más conducente a /⁸ la consecución de su encargado empeño conforme a la arduidad que pedía semejante negocio, y volvió a entrar la España por la misma puerta que la vez primera, porque permanecía tan falsa como antes. Salió al encuentro el Godo y, quedando éste derrotado el sábado diez de noviembre de setecientos y catorce en las riveras del Río Guadalete, cerca de Xerez de la Frontera, dirigió el General Tarif sus marchas a la ciudad de Córdoba, siendo ésta la primera joya que desengastó de la Corona Gótica para esmaltar con ella la de su Monarca, proclamándole ya Rey de España en una ciudad que después fue la Señora de todas las de este imperio, y su Rey el más temido, obedecido, famoso y grande, pues la Historia General del Rey D. Alonso, haciendo cómputo de los años y memoria de los mayores Reyes que dominaban el mundo, pone primero al Papa, luego al Emperador, después al Rey de Francia y últimamente al de Córdoba, sin hacer mención de los otros.

Luego que el general Abenziet hubo descansado con sus tropas en las cercanías de Córdoba, encaminó sus rumbos al Mediodía, llevado de las noticias de Granada, ciudad de las más fuertes de la Corona, aunque entonces no muy populosa. Fue esta ciudad fundada por Liberia, hija de Hispán, décimo Rey de España, dándole el antiguo nombre de Iliberia, más de dos mil años antes de la venida de Christo a redimirnos, mil y doscientos antes de la fundación de Roma por Remo y Rómulo, dos mil después de la Creación del Mundo y cerca de quatrocientos del diluvio general. Tan antiguo como el nombre de Iliberia es el de Granada, pues aquél lo dio a esta ciudad su fundadora Liberia y éste los Damasquinos y Fénices, artífices de quienes se valió para su estructura, y luego que la concluyeron la llamaron *Hizna Román*, que quiere decir Castillo de /⁹ la Granada, por aver en su región de Palestina y Fenicia muchas ciudades de este nombre. Si hubiera de dibujar en este libro la hermosura del Paraíso Granadino, fuera dilatarme más en lo accesorio que en el recto de mi asunto, pues la fecundidad de su Vega, que es una llanura de más de quatro leguas, hace avergonzar los huertos de las Hespérides. Y creo que si los poetas, que gastaron tantos periodos en celebrar amenidades fingidas, vieran este verdadero Jardín del Mundo, olvidaran los soñados prados de Alcino y las famosas frondosidades de Tesalia. Hable el que huviere logrado la fortuna de pisar tan generoso suelo, que si por su natural y el embeleso de habitantes y estrangeros, y puede llamarse Tierra Prometida, por sus maravillas y santidad debe aclamarse cielo sagrado.

Esta es la ciudad hermosa de Dios fundada en los Montes Santos, siendo siete los que doblaron sus cervices para que Liberia los coronase con tan singular diadema. Esta es la ciudad que, fuera de la Palestina, tuvo el venerando e inexplicable honor de ser la primera que de su tierra hizo alfombra a los sacratísimos pies de la Emperatriz del Universo, María Santísima. Esta es la ciudad que en la dispersión de las gentes, mereció ser la primera que oyó y aprendió de voca del Apóstol Santiago el Mayor la fe de Jesucristo. Esta es la ciudad del Gran Rey, que puso en ella el Sacrosanto Monte, en que más se agradó sobre todos los de Europa, África y América, Monte coagulado de su divina gracia, monte pingüe de santos y tesoro de las mayores riquezas, espejo de la Cristiandad, columna de la verdade- /¹⁰ ra fe, a donde no avía de pisar planta humana que no llegase, como Moisés, muy desnudos los pies de alma y cuerpo, porque es este lugar, Tierra Santa y bendita herencia del Dios de Jacob, donde brilla la inmaculada zarza que ardió desde su concepción sin quemarse aun en el más leve fuego de naturaleza infecta y, en fin, Monte que siendo seminario famosísimo de virtudes y letras, ilustra al orbe con sus reflejos, apaga los vicios con la nieve de sus ejemplos y fecundiza las almas con el incansable riego de su doctrina, verificándose de él innumerables profecías del Viejo y Nuevo Testamento, que, a ser este lugar apto, las descifrara aunque con mi tosco estilo, con mi católico afecto. Y así puede preguntar Granada al orbe con Geremías, cap. 18, v. 14: *Numquid deficiet de petra agri* (de este mi Sacro Monte) *nix Libani, aut evelli possunt erumpentes aquae frigidae et defluentes?*

Esta es la ciudad que ilustraron con su predicación Santiago el Mayor, San Pedro, cabeza del Colegio Apostólico, que puso obispo en Frigiliana, o como otros quieren Almuñécar, consagrando a San Epeneto, el escogido vaso de elección, y el amado de Jesucristo, San Juan Apóstol, evangelista y hermano del mayor Jacobo. Esta es la ciudad que han ilustrado tantos santos, como en ella han derramado su sangre y consagrado con sus virtudes y milagros, siendo mística Granada, que desabrochando su católico seno ha poblado el cielo de millones de granos escogidos. Esta es la ciudad depósito de innumerables reliquias y de otras maravillas, como se vio el año de mil quinientos ochenta y ocho en la demolición de la Torre Turpiana, y en el de mil quinientos noventa y cinco en el Sacromonte, y, si miramos bien, en estos pre- /¹¹ sentes años de mil setecientos cincuenta y quatro y cincuenta y cinco. En particular de este último descubrimiento daré noticia como testigo ocular, quando refiera la vida del V. P. Fr. Cypriano de Santa María, luciente antorcha de este sagrado convento. Esta es la ciudad en cuyas glorias quisieron tener parte Jesús, María y Joseph, pues en una sola acción dio esta Trinidad humana, muestras del amor que a Granada tiene, haciendo que el año de mil quinientos ochenta y ocho, sábado 19 de marzo, día del Gloriosísimo Patriarca Señor San Joseph, se hallase la mitad de la toca de María Santísima, con que limpió sus lágrimas en la muerte de N. Redentor Jesús, rubricando con esta joya el amor a Jesús, María y Joseph. Esta es la ciudad..., pero ¿a dónde voy? Baste decir, esta es Granada.

Luego que el valeroso general Tarif dio vista a la amena vega granadina, regada como el Paraíso de quatro ríos hermosos que la fecundan, Xenil, Darro, Monachil y Beyro, alentó sus esperanzas y picando sus batallones se acercó a la ciudad y la estrechó con un fuerte cerco. No estaba Granada para resistir a tanto poder y así, con honrosas capitulaciones, entregó su fortaleza al General Abenziet el año de setecientos y quince. Luego que este hizo proclamar en sus fuertes al Miramamolín Jacob por Señor del País, para proseguir sus conquistas, dexó por Alcalde en Granada al esforzado capitán Betiz Aben Abuz, natural de la feliz Arabia, de cuyo valor y cordura tenía largas experiencias. Mantuvo Betiz a Granada a la obediencia de los Miramamolines de las Arabias hasta que se finalizó el año de setecientos y veinte y seis la casa de Naçr, /¹² por muerte del pequeño príncipe Jacob Almanzor, único heredero de aquel trono, en quien avía recaído la Corona de las Arabias y España, por muerte de su abuelo Jacob Almanzor el Grande el año de veinte y tres y de su padre Abilgualit el de veinte y cinco. Con la noticia de la muerte de aquel soberano, en quien todos veneraban la sangre de su ilustre abuelo, todos los alcaides de las principales fortalezas de África y España se coronaron por reyes en sus respectivas provincias y a ejemplo de las demás hizo lo mismo Betiz Aben Abuz en la de Granada, como quien tanta parte avía tenido en su conquista.

Este fue el primer Rey Árabe que dominó peculiarmente en Granada y permaneció la Corona en su descendencia hasta Aben Hut, a quien otros llaman Aben

Huz Alnayar, descendiente de los antiguos reyes de Zaragoza y pariente de los Reyes de Granada. A este le coronaron por Rey para librarse de la tiranía de los Almohades, descendientes del Miramamolín Juzef Almohad, emperador de Marruecos, que aviendo venido a Granada el año de mil ciento setenta y uno contra Aben Lobo, Rey de Valencia y Murcia, que se avía apoderado de ella, como éste muriese al siguiente año de setenta y dos, avían tiranizado el Reyno de los Abuzes. Supo Aben Hut jugar tan bien este lanze que, aviendo aspirado los Almohades con su espada tanto que después no osó alguno parecer, se vio en brebe tiempo el Rey más poderoso que jamás tuvo la Morisma en España, pues fuera de Valencia (con la qual se avía levantado Zahen, descendiente de Reyes), le reconocieron por Rey y Señor de todas las Ciudades y Rey- /¹³ nos moros de España. Enseñoreó la España Aben Hut hasta el año mil docientos treinta y seis, que estando en Almería para embarcarse al socorro de Zahen, el de Valencia (a quien tenía bien apretado el Rey D. Jayme el I de Aragón), le quitó la vida alevosamente Aben Rahmi, gran privado suyo.

Por su muerte quedaron divisos los Moros de España en diversos reynos. Las ciudades de Granada y Almería (después de la indecisión de algunos días) pusieron los ojos en la familia de los Alhamares, permaneciendo en ella la corona, hasta que pasó de la cabeza de Abdalí o Boabdalí (conocido por el Rey Chico), último Rey Moro de Granada, a las de los Católicos Monarcas D. Fernando V de Aragón y D^a. Isabel de Castilla. Para este fin coronaron a Mahomad Aben Alhamar I, capitán de grandes prendas naturales y adquiridas, que seis años antes se avía alzado por Rey de Arjona, de donde era Alcayde. Sugetó muchas ciudades reveladas, reduciendo a los Moros a su deber y haciéndose muy respetable por sus conquistas. Sucedió algunos años después (que según la más cierta opinión era el año mil doscientos quarenta y tres) que se levantó en Granada el vando de los Oysimeles, otros muy poderosos en el Reyno. Temió el Rey su inquietud, y para asegurarse de sus resultados, acordó hacer una sólida alianza con San Fernando III de Castilla, cuyas armas victoriosas daban bastante fatiga a sus fronteras. Alcanzó seguridades para verse con nuestro Santo Rey, que se hallaba empleado en el cerco de Jaén, ciudad noble y fuerte de la Andalucía. Hizose su vasallo, besóle la mano en señal de pleito omenage, asentóse el anual tributo de ciento y setenta mil ducados (suma muy exorbitante en aquel tiempo) y por firma de las Capitulaciones le entregó la ciudad de Jaén. /¹⁴

Supo Alhamar conservar tan sabiamente la confederación con Castilla, que duró mientras ambos Reyes vivieron y así el de Granada ayudó a S. Fernando en la conquista de Sevilla, mandando en persona un buen cuerpo de tropas, que llevó por auxiliares de las armas católicas. No perdía ocasión de complacer a un tan grande amigo, en cuya amistad consideraba la seguridad de su corona. Y aún deseaba ocasiones en que mostrar su afecto a los cristianos, a quienes concedió muchas franquicias en su reyno y abrigó muchos, afianzando desafortunadamente sus alianzas con Castilla. En prueba de su lealtad hizo construir la alta Torre

Bermeja, que oy vemos sobre el barrio del Mauror, domicilio asignado a los cristianos de Granada por sus primeros Reyes, sirviéndoles de fundamentos los de una antigua fortaleza que para sujetar los católicos avían fabricado los Reyes, convirtiendo al que era presidio de opresión en Alcázar de seguridad. Valióse de la Paz como Rey prudentísimo para la Guerra, fortificando sus dominios muy a su satisfacción, haciendo edificar el célebre Fuerte de Granada, llamado en sus principios Alhambra, que quiere decir Bermejo, y hoy Alhambra, nombre derivado del de su fundador.

Emprendióse en Granada la enfermedad del fuego sacro, siendo muchos los que perecían a manos de su violencia y crueldad. Fatigaba este trabajo común al corazón del buen Rey Alhamar, quien como cabeza y corazón de su imperio, sentía en su alma las penalidades de sus vasallos. Hizo traer los médicos más sabios de sus Reynos para el alivio de la ciudad, pero no aprovechan humanas medicinas quando Dios ordena las enfermedades a los altísimos fines que no alcanzan los mortales. Quería la Magestad /¹⁵ Divina que resonase en las Mahometanas Lunas el eco de aquel clarín evangélico que, como sol, iluminó la católica iglesia, guerreando como Gran General Apostólico contra los insultos de los Arrianos que infestaban el Egipto. Era ya el oportuno tiempo que su insondable Providencia *ab eterno* avía destinado para que el que supo hacer de los desiertos ciudades de refugio a los mortales contra los debates de nuestros mortales enemigos, tuviese en Granada (entonces Princesa de las Gentes, desierta y desolada de su antiguo esplendor católico) casa de acogimiento a los que, infelices, gemían baxo el Mahometano yugo. Determinó en fin que asomase a Granada el sol San Antonio Abad, anunciándole el clarísimo día de su Santa Fe, que, aunque se pasaron más de dos siglos después hasta su total restauración, pero desde entonces fue en continua lenta decadencia hasta que se tremolaron en sus torres los estandartes católicos, para gloria del nombre de Jesucristo.

Dio el fuego sacro el último asalto en Granada, apoderándose del mismo Rey, que, experimentado en la poca actividad de las medicinas, desconfiaba ya de su sanidad. Pero como esta enfermedad era la última disposición para la persuasión del Rey, inspiró Dios a un devoto cautivo, a quien el Rey mostraba especial voluntad fuera de la que a todos en común tenía, así por su natural piadoso, como por los respetos del Rey de Castilla San Fernando. Habló el cristiano al Rey afligido, y díxole que si quería sanar se encomendase a S. Antón, que era Abogado de los que padecían aquel trabajo, y le ofreciese hacerle algún especial obsequio, y confiase en el verdadero Dios, que le restituiría su salud. Oyó benignamente el Rey el consejo del /¹⁶ cautivo, ya porque la necesidad de los tiempos le obligaba a no perder ocasiones en que hacer ver al Rey de Castilla su verdadero afecto al nombre christiano, ya porque el deseo de la salud le hacía arrostrar a cualquier trance las insinuaciones de su Alcorán, o ya porque la experiencia le mostraba el poco poder de su Mahoma, y así se vio estrechado a buscar en la verdadera Ley el remedio a su dolencia. Asintió a la propuesta de su amigo cautivo y de

común acuerdo ofreció labrar al santo una hermita, donde se venerase su imagen, si le librara de tan asqueroso como penoso achaque. Vio la Divina Magestad la buena disposición de Alhamar, y así por intercesión de nuestro Grande Antonio le restituyó a perfecta salud. Publicóse en Granada la salud del Rey con gran regocijo de sus vasallos, que le amaban como a un amable Príncipe y porque todos los que estaban picados del fuego sacro bebieron como el Rey la salud en la piadosa fuente de San Antón.

Mucho puede el ejemplo de los Príncipes en los corazones de los vasallos que, atentos a los movimientos de sus Monarcas, miran en sus operaciones las reglas de su bien o mal obrar. La invocación de un Santo, que por ser de Religión tan opuesta a la Mahometana y por los preceptos del Alcorán, que prohíben cualquiera oblación que no sea hecha a Dios uno, y a su Mahoma de ellos, fuera en otro tiempo muy reprehensible y abominable, con el exemplar del Rey se hizo plausible y con la experiencia de la sanidad amable. Todos, como dixe, imploraron como el Rey el favor de San Antón y todos como él recobraron prontamente la apetecida salud. No sufre dilaciones en sus promesas un ánimo ^{/17} generoso y reconocido. Azorado de las acciones de su gratitud, rompe las piguelas de inconvenientes que pudieran ser rémoras de su fidelidad. Muchas malas consecuencias podía recelar aquel Bárbaro del cumplimiento de sus ofertas en los ánimos de unos vasallos, en quienes es tan natural la infidelidad como nativa la inconstancia. Qué importaba la común aclamación que por aquel tan estupendo prodigio se mereció en Granada San Antón, si en la volubilidad de los sarracenos es el olvido consecuencia de un favor recibido y la ingratitud lugarteniente del reconocimiento. Bien que es propensión de todos los mortales ser activos executores de nuestros patronos para el beneficio, al paso que es mayor nuestra lentitud para el agradecimiento.

Todas estas verdades que, acreditadas por la experiencia de tantos siglos, pudieran retardar la determinación de Alhamar, no fueron bastantes a enfriar su ardimiento para el cumplimiento de su promesa. Conocía que quien había sido poderoso a librarle del fuego sacro en vista de su invocación, sería bastante a volverle a su actividad en fuerza de su remisión en ser fiel; reflexión que si los que nos llamamos Católicos hiciéramos continuamente huyríamos más los vicios y no tendríamos tan ociosas las virtudes. Determinó hacer fabricar la hermita a vista de su Palacio y Fortaleza de la Alhambra, para tener el consuelo de ver desde su casa al libertador de su vida y repetir sus clamores quando la ocasión lo pidiese. Y así señaló para la construcción el cerro o monte que está frontero al de los Mártires, donde se erigió la hermita muy a su satisfacción. No quiso que la fábrica fuese la más suntuosa y magnífica por no dar a conocer a sus Al- ^{/18} faquíes el grande afecto que a los Cristianos profesaba [y] alimentar con nuevos motivos (y más en punto de Religión, que pueden tanto con los Musulmanes o fieles profesores del Alcorán) los vandos de los Oysimeles, que tanto le avían dado que hacer en otro tiempo. Pero hizo que fuese fortísima, pues con el decurso

de cinco siglos y medio se mantiene firme, sin que ayan sido necesarios mayores reparos, aunque los prelados de este santo convento no han dexado de subvenir a sus quiebras para conservar tan santa y venerable memoria de la antigüedad y estímulo de nuestra devoción.

Luego que estuvo concluida la fábrica (que muestra muy bien ser morisca) [...]